



PRESENTACIÓN

Manuel Gutiérrez Navas
Director de la Colección de Estudios *Mediterráneo Económico*

En la presentación del número anterior de Mediterráneo Económico, el presidente emérito de Cajamar Caja Rural, Juan del Águila Molina, anunció un nuevo enfoque para las siguientes entregas de esta Colección de Estudios. No se trataba de un cambio ni en la orientación ni en los objetivos de la cabecera; sino, más bien, de una secuencia lógica después de haber dedicado los cinco últimos monográficos, desde diversas perspectivas, a la gran transformación global que ha traído consigo la crisis económica iniciada en el otoño de 2007.

De esta forma, con el número 23 se daba inicio a una nueva serie de entregas centradas en pensar las soluciones por las que necesariamente pasa la recuperación del pulso de la actividad económica. Tras el énfasis en el análisis macroeconómico y sectorial de los anteriores, ese volumen trataba sobre el trasfondo ético y, por ende, ideológico y pragmático a un tiempo, de la ciencia económica. Es decir, sobre la solidez misma de las bases sobre las que cimentar una economía más sostenible y equitativa, que recele ante cualquier episodio especulativo como el que nos ha llevado hasta donde estamos hoy.

Tras ese primer acercamiento a la cuestión de cómo afrontar el futuro, el número 24 que ahora presentamos está dedicado al papel del cooperativismo agroalimentario en la economía mundial. La relevancia de la cuestión está fuera de toda duda. Las cooperativas agroalimentarias son una herramienta preferente de desarrollo local en todo el mundo, como plataforma de acceso a los mercados de agricultores y

ganaderos individuales cuyo escaso peso específico les impide hacerlo de otra manera con ciertas garantías.

Históricamente, el cooperativismo siempre ha tomado fuerza en momentos de incertidumbre. Esto se debe a una doble causa. De una parte, a su naturaleza mutualista y, por tanto, a la solidez de sus valores y sus principios, reconocidos universalmente, que están por encima del ciclo económico y de sus inercias. De otra, y esto es quizá aún más importante, a su particular manera de entender y poner en práctica la eficiencia económica. El impulso de una receta colectiva de participación en el sistema productivo no se reduce a un criterio moral, aunque lógicamente parte de él y lo hace suyo. Por encima de la maximización del beneficio particular, que es el objetivo de toda sociedad mercantil moderna, la empresa cooperativa prima la satisfacción de una necesidad común de sus socios, como puedan ser al acceso al mercado o la dotación de bienes y servicios en las mejores condiciones posibles. Los cooperativistas se identifican así en sus problemas y deciden, voluntariamente, abordar en común las soluciones, renunciando a parte de su autonomía en beneficio del proyecto colectivo. El éxito de cada uno de los socios individuales vendrá de asimilar como propia esa estrategia, no a pesar de ella. Quizá la economía en su conjunto, para ser socialmente eficiente, debería actuar de una forma parecida.

Además, el modelo cooperativo se ha mostrado significativamente eficiente en contextos de asimetría, y pocos mercados hay más asimétricos (los teóricos

dirían más imperfectos) que el agroalimentario. Frente a una multiplicidad de oferentes, pequeños y medianos productores, nos encontramos en el extremo opuesto de la cadena de valor con un número cada vez menor de demandantes, de compradores mayoristas, que son los que distribuyen la producción entre los consumidores finales. En consecuencia, el sistema es cada vez más competitivo y los agentes que participan en él se ven obligados a una continua actualización de sus técnicas y estructuras de producción, de su gama de productos y de sus mecanismos comerciales. A una renovación constante y unas necesidades de inversión y capital muy alejadas de la agricultura campesina.

En consecuencia, conviene desechar de una vez por todas el prejuicio que identifica la oferta agroalimentaria en general, y a las entidades cooperativas en particular, con los sistemas productivos atrasados y escasamente dinámicos. En Cajamar Caja Rural defendemos, con conocimiento de causa como cooperativa de crédito especializada y comprometida con el sector, que esta fórmula asociativa no es un vestigio de un mundo rural ya en declive, sino que sigue plenamente vigente y que ha sido y sigue siendo un vector de competitividad fundamental. La intensa modernización que ha experimentado la agricultura española en las últimas décadas, financiada en gran medida por las cajas rurales, habría sido imposible sin el esfuerzo conjunto de cientos de cooperativas de producción, suministros y comercialización, que han aportado a miles de socios individuales el asesoramiento y las herramientas necesarias para consolidar su actividad y evolucionar al ritmo marcado por la demanda y los gustos del consumidor.

Fuera de nuestras fronteras, como recordamos siempre en nuestras publicaciones y actividades formativas, las cooperativas de los países más desarrollados han demostrado su eficacia en los mercados agroalimentarios más competitivos, convirtiéndose muchas de ellas en referencia global por encima de potentes sociedades anónimas. Estas entidades asociativas, plenamente internacionalizadas, han sabido adaptarse a las nuevas circunstancias y, sin

renunciar a su naturaleza cooperativa, han puesto en marcha nuevas estrategias empresariales que les han permitido conquistar cada vez mayores cuotas de mercado.

Volviendo a lo de pensar las soluciones como premisa editorial, no cabe duda de que estas pasan, indefectiblemente, por mirar hacia delante y generar nuevos impulsos allí donde parecía haberse desmoronado el suelo bajo nuestros pies. El modelo económico que durante quince años pareció asegurar nuestro éxito y nuestro bienestar ya no existe, y se ha transformado bruscamente casi sin solución de continuidad. Como decía Mario Benedetti, cuando creíamos saber todas las respuestas nos cambiaron todas las preguntas. Algo similar ha pasado con nuestra realidad productiva. Y en este nuevo contexto son muchos, y Cajamar Caja Rural con ellos, los que proponemos volver la mirada a la economía social en general y al cooperativismo en particular. Han sido y son el verdadero soporte de buena parte de la llamada economía real en España, pero durante estos últimos años parecían en cierta manera eclipsados por el falso brillo de la economía especulativa. Por eso este número, porque el sector agroalimentario está llamado a jugar un papel fundamental en la futura recuperación de la economía española, y porque las empresas cooperativas constituyen la vanguardia de ese sector, tanto en volumen comercializado y grado de internacionalización como en generación de valor y empleo. La competitividad del sistema productivo español no se entendería sin ellas.

Pocas personas mejor situadas, intelectual y profesionalmente, para abordar esta temática que Eduardo Baamonde, ingeniero agrónomo y director general de Cooperativas Agro-alimentarias de España. Además de asumir con entusiasmo la coordinación de este número, o quizá precisamente por eso, ha sabido construir un volumen enciclopédico, donde se aborda desde la historia social y económica del cooperativismo a los últimos cambios normativos que afectan directamente a estas entidades en el con-



texto internacional y europeo; pasando por el análisis sistemático del sector cooperativo agroalimentario mundial y, finalmente, sus retos de futuro. En nombre de Cajamar Caja Rural le agradezco enormemente, y con él a la veintena de especialistas y profesionales de diferentes ámbitos que han participado en este monográfico, no solo su trabajo y su tiempo, sino sobre todo el compromiso que mostraron con el proyecto desde el primer contacto, así como la rigurosidad y la fuerza explicativa de sus textos.

A fin de cuentas, ese es el espíritu cooperativo, el ejercicio de la responsabilidad individual en un proyecto compartido de cuyo éxito depende la consecución de unos objetivos comunes. Sirva este número 24 de Mediterráneo Económico como modesto ejemplo.